

largarse de aquí pronto... ella... proyecta escaparse con él á París!... Lleva el retrato de él sobre el pecho... Si usted lo quiere ver, puede desabrocharla el vestido... León Cabello, que tenía con ella relaciones, anda muy triste, amenazando matarse... Todos los días recibe ella una carta larguísima del músico... y se la manda al Gobernador para que se ría, para que haga burla...

La muchacha amontonaba detalles, picada, sañuda, deseosa de que por lo ajeno se olvidase lo propio... El padre hubo de poner fin á la confidencia. No necesitaba saber más—. Cuando Rosa salió de la estancia tapándose los ojos con un pañolito, Neira tomó la pluma y escribió á doña Milagros una carta apremiante y corta. Después buscó el sombrero; echóse á la calle; pasó cosa de media hora en el despacho del dueño de la Ciudad de Londres, y de allí se dirigió al palacio del Gobierno civil.

XXV

El Gobernador no se había vestido aún para almorzar, y Neira le encontró de batín de pana verde entreabierto sobre la camisa con chorrera de encaje—; afeminado atavío, que hizo pasar por las venas del desdichado padre un escalofrío de repugnancia y de ira—. Sucede que si menudencias semejantes, en las personas que amamos, provocan interiores efusiones de ternura, efluvios de simpatía, una corriente de odio puede brotar de cualquier rasgo físico de las que detestamos. El cariño y el aborrecimiento se alimentan de todo. Neira, en aquel instante, creía aborrecer especialmente, no al Gobernador, sino á la suave chorrera y al bien cortado batín. ¡Qué sentimiento tan extraño en Neira aquel odio sombrío, que serpeaba como veta de azogue por sus manos, haciéndolas temblar! ¡Qué catástrofe moral la que, por breves instantes, comunicaba el temple del hierro á un alma tan afectuosa, tan mansa, tan cristiana!—

Disimulando la extrañeza y un vago recelo, Mejía se levantó, y fué, solícito y afable, á atender á Neira.

El departamento en que Mejía acostumbraba recibir en confianza, era un vasto y clarísimo gabinete, con vistas al muelle y al mar y gran alcoba interior; estas dos piezas las había arreglado con coquetería mundana, procurando que se distinguiesen del resto de la residencia oficial, donde abundaban los papeles á grandes dibujos rameados de oro, los estrados y colgaduras de damasco carmesí, las alfombras de terciopelazo, los relojes alegóricos y las arañas de vidrio. Mejía, en su refugio, vistió las paredes de una tela clara, sencilla y barata, pero de gracioso dibujo oriental, y sobre franela escarlata montó dos panoplias, una de pintorescas armas joloanas, y otra de pistolas, escopetas de caza y floretes modernos de ensayo y duelo, entreverados con guantes, petos y carretas. Fotografías de mujeres, algo ligeras de ropa y seguramente más de cascos, mezcladas con retratos de amigos y con grupos paganos de bronce, acababan de animar aquel despacho, análogo al de casi todos los solteros preciados de galantes y espadachines. En el mueblaje descollaba el ancho y profundo diván, el escritorio revuelto, con libros en francés y graciosos prensapapeles, las dos ó tres butaquitas bajas, y la densa piel de oso blanco, ribeteada de paño, naturalizada con la cabeza y garras de la bestia feroz. Por la puerta abierta del dormitorio se columbraba el lecho amplio, bajo su

colcha y edredón de raso azul, y la luna del armario fingía en lo más obscuro la superficie rasa y misteriosa de un agua profunda; un aroma de tabaco selecto y de *foin coupé* flotaba en la atmósfera, y sobre el escritorio se marchitaban rosas sin agua en un barrigudo jarrón de Satsuma.

La mirada de D. Benicio abarcó este conjunto, vulgar en medio de su refinamiento, con una sublevación de alma, con un asco moral que en aquel instante tenía algo de fatídico. Contrastaba de tal suerte el gabinete con la manera de ser, los hábitos y las tendencias del padre de Argos; tenían para él significación tan escandalosa y reprobable los indicios de una vida voluptuosa y sin freno, fáciles de sorprender en la habitación de Mejía, que, á no contenerse, Neira entraría hecho un vándalo; entraría destrozando, pateando y echando por el balcón muebles, retratos, *bibelots* y flores. Una lucidez dolorosísima, que á veces acompaña á las grandes crisis del sentimiento, le decía que *allí*, precisamente *allí*, donde él sentaba el pie, se había consumado el baldón de su insensata hija; que allí se había escarneado su dignidad y su honra de padre... y el cuadro nefando y maldito se le representaba tan á lo vivo, que al acercarse al diván con que le convidaba Mejía, reservado y en guardia, exhaló un gemido tético, el ay del sentenciado á tormento cuando le tienden en el potro...

En un rato no pudo hablar. Por su garganta oprimida no resbalaban la saliva ni el aire; la

lengua no acertaba á moverse para dar forma á los discursos que aquel caso exigía... D. Benicio se encontraba á la vez colmado de derecho, harto de razón, como los mártires de una causa sagrada y justa, y ridículo, muy ridículo, como esos viejos de ópera y drama, que van á pedir reparaciones, á concertar por fuerza bodas, á hablar de inocencias, de fragilidades, de responsabilidades, á remendar torpemente la túnica inconsútil del honor... Antes de que Mejía la lanzase, escuchaba su carcajada mofadora, soportaba sus insolentes negativas, tragaba el acíbar de su desprecio, y se veía saliendo de allí burlado, con las orejas gachas, porque hay en el mundo ciertas grandes iniquidades que inclinan al suelo para siempre, no la cabeza del que las comete, sino la del que las padece y llora...

Entre tanto Mejía, encontrando cada vez más significativa la actitud del papá, turbada además la conciencia, vibrantes aún los nervios de las devoradoras y complicadas caricias que la víspera le prodigaba la hija infeliz; impaciente y enervado, presintiendo la *tabarra*... rompía por todo y formulaba concretamente una pregunta. ¿Qué se le había perdido en el Gobierno civil á D. Benicio Neira?... Y el padre, cual si le desatasen la lengua, contestaba del modo más terminante, en breves é imperativas palabras.

—¿Que me case con su hija de usted?—respondía fingiendo admiración el hombre doble—. ¿Y esto me lo dice usted así, sin preparación, sin

antecedentes, sin enterarse de cuáles son mis circunstancias, sin estudiar si tengo ó no tengo, como caballero, el deber de ofrecer á esa señorita mi mano?

D. Benicio miraba á Mejía, sintiendo otra vez el dolor penetrante, que bajaba del omoplato directamente al corazón. La punzada aguda le revelaba la gravedad de un achaque que, según le decía el doctor Moragas para quitarle aprensión, era una friolera, cuestión de digital... En aquel momento conoció que la mano cierta de la muerte, tendida hacia su presa, apretaba y comprimía un corazón donde la paternidad hiciera brotar recias y ensangrentadas espinas. La más aguda, entonces, era la idea de dejar á sus hijas huérfanas y sin amparo.—«Nada he hecho por ellas; de nada las he servido. Mi debilidad las consintió perderse, y mi poquedad no acierta á salvarlas...»—La voz de Mejía, que resonaba dulzarrona, afectadamente respetuosa, la escuchaba Neira como si viniese de lejos, de muy lejos... Mejía amontonaba embustes para desorientarle.

—Toda oficiosidad se comprende en un padre—murmuraba el hombre doble, con el mismo tono falso en que solía hablar de otras cosas, de Dios, de la Patria, de la verdad, del deber—y nada me extraña tratándose de tan delicada materia como el buen nombre de una señorita; pero crea, Sr. Neira, que en este caso ha padecido usted una alucinación, un error... excusable... y si su señora hija le incitó á dar este paso, estaba ofuscada. Porque yo haya te-

nido la satisfacción de concurrir á su casa de usted varias noches; porque admire como se merece la belleza de la señorita María Ramona, no se deduce que...

—Déjese usted de farsas—respondió el padre haciendo un gran esfuerzo para emitir la voz, pues por momentos creía asfixiarse—. No vengo á que usted me toree, ni á que usted se ría de mí. Al asunto: ó se casa usted con Argos, ó...

—¿O qué?—contestó Mejía en tono ya desdenoso, levantándose y cruzando sobre el pecho los brazos.

— ¡O... le castigaré Dios! — exclamó Neira con acento solemne, sin explosión de cólera, como el que remite su causa á la justicia.

El modo que tuvo Mejía de encoger los hombros fué el más impío reto á la Providencia que puede lanzar una criatura humana. Era Mejía del número de los que no creen en el orden providencial, pecado que lleva en sí el castigo de la desesperación, pues quien nada cree nada espera, y quien no espera sufre como un demonio en las horas de adversidad y de desastre; sufre en el lecho, entre las tinieblas, y sufre también cuando la luz radiante del sol acaricia á los que la juzgan enviada por Dios para hermosear la vida y alegrar y confortar el espíritu... Mejía, en medio de su árida sequedad, de su condición de pirata implacable, tenía momentos — los períodos de cansancio y melancolía que siguen inevitablemente á los excesos de libertinaje — en que se encontraba muy solo, muy desorientado, pues á veces la

vida es más de plomo para los que quieren hacerla más leve y gozosa y pasarla en continuo triunfo. Aunque la conciencia calle, ratos amargos no faltan nunca á quien registra en su historia páginas que quisiera borrar con sangre de las venas; y el texto de estas páginas, en ocasiones, se escribe en caracteres de fuego en la pared. Mejía experimentaba la inquietud, el azoramiento secreto del que guarda en un armario algo que le conviene ocultar á toda costa... ¡Cosa extraña, que aquello de que Mejía se burlaba frescamente, aquello que descatataba, fuese lo que solía infundirle pavor á las altas horas de la noche! Acaso, analizando bien el modo de ser del Gobernador, descubriríamos que el pasado, el turbio pasado, la repugnancia á mirarlo frente á frente, era lo que empujaba muchas veces á Mejía á excesos de carácter orgiástico, á delirios de la materia en que el hombre cree huir de sí mismo agotando los últimos residuos del placer, cuando en realidad sólo agota las fuentes del consuelo y los tesoros de la naturaleza... Como todos los desesperados, Mejía se desquitaba silbando al alto poder que rige lo creado, y su movimiento sarcástico al oír el nombre de Dios, tan sencillamente invocado por Neira, fué un desahogo de la bilis, un arranque de misantropía, un testimonio de mal acallados pesares...

—¿Con que va á castigarme Dios?—respondió gozando un deleite irónico y maligno que le hizo abandonar su diplomacia archicortesana.
—¿Con que va á castigarme?—insistió compla-

ciéndose de antemano en la idea de la risotada que le arrancaría la estupefacción de D. Benicio—. Pues se equivoca usted, Sr. de Neira; no tiene que castigarme... Me ha castigado ya—. No abra usted tanto los ojos—. Usted venía á que me casase, ¿eh? Llega usted con retraso... ¡Soy casado desde hace tiempo!...

Neira vió como una luz lívida serpeando ante sus pupilas dilatadas. Hay momentos en que las facultades se centuplican, en que la memoria, el entendimiento, la voluntad, se asocian y funden, se integran, por decirlo así, para que veamos con evidencia lo que antes apenas sospechábamos. D. Benicio recordaba haber entreoído un día, en el Casino de la Amistad, entre varias especies desfavorables al Gobernador y echadas á volar por gente del partido contrario en horas de oposición sistemática, la versión referente al estado de Mejía, casado en Filipinas, donde dejaba á una mujer y dos niños en la indigencia; y allí se habló también de un cambio de nombre, de la venida de la esposa á reclamar sus derechos, del modo cómo fué despachada otra vez con rumbo al Archipiélago... hasta que todo lo desmintió enérgicamente el Secretario del Gobierno civil, declarando que era una insigne paparrucha. En aquel momento Neira sentía que se trataba de una gran verdad, y que Argos, lo mismo que Rosa, no tenía medio de restaurar la fama y el honor. Este convencimiento, en lugar de abatir al padre, le inspiró una repentina furia, una especie de insania. Levantándose de un

brinco, crispando los puños, marchó sobre Mejía, ciego como el toro que se precipita á embestir. Mejía no dió espacio á que la diestra del agraviado padre cayese sobre su rostro. Adelantando los brazos, rechazó á Neira, y le empujó vigorosamente hasta hacerle caer cuan largo era en el diván. Un júbilo malicioso y satánico animaba sus facciones, al acordarse de que en aquel propio mueble, cabalmente sobre el cojín bordado de sedas como los mantones manileños, había reposado pocos días antes la hermosa cabeza de la hija, y que algunos cabellos negros se enredaban todavía entre las rosas de realce... D. Benicio, mientras tanto, sujeto, tendido, rugiendo, se sentía tan chafado, tan risible, que dos lágrimas de brasa asomaron á sus lagrimales, evaporándose al punto, y contrastando con la sonrisa de burla que dilataba los pálidos labios del Gobernador, descubriendo los limpios y cuidados dientes y animando las pupilas, donde el picaresco y sensual recuerdo encendía chispas diabólicas... Al fin, con movimiento de afectada magnanimidad, Mejía alzó las manos, se enderezó, y dejó incorporarse á D. Benicio... Agarrándole del cuello del gabán, le puso en pie, manejándole como se maneja á un pelele, y sin omitir la soflama, le dijo vendiéndole compasión:

—Vamos, retírese, tranquilícese, refrésquese... Aquí no ha pasado nada... Salude usted de mi parte á aquellas señoritas...

D. Benicio se tambaleó un instante; afirmóse después sobre los talones; en seguida saltó como

un gato al diván y arrancó de la panoplia un florete de desafío; y antes que Mejía tuviese tiempo de prevenirse á la defensa, se lo pasó impetuosamente al través del pecho, á la altura de los pulmones.

XXVI

Aquí vuelvo yo á danzar en los anales de la familia de Neira, pudiendo decir que mi acción fué de sumo provecho, y que desempeñé el papel de ese amigo incondicional sin cuyos buenos oficios las desgracias son más irreparables, más resonante el escándalo, y la caída conduce á un abismo del cual nadie sale si no le tienden mano poderosa.

¿Quién — preguntáis — me obligó á intervenir en el conflicto, á la manera de los dioses fabulosos en las anticuadas epopeyas, arrogándome fueros de bienhechora divinidad? ¿Quién me hizo andar, correr, tornar, virar, aceptar responsabilidades, cabildear, visitar redacciones de diarios, aprontar dinero, pasar malos días y peores noches, y en suma alterar y cambiar de tal suerte mi género de vida, mis hábitos y mis arraigados principios, que los dos únicos seres compañeros de mi soledad — el minino y

doña Consola—, llegaron á desconfiar de mi razón, y á demostrármelo con su inquietud, su esquividad y su melancolía?

¡Bah! De sobra habéis adivinado el móvil que me dictaba rasgos de tan inverosímil abnegación y daba al traste con el bien cimentado edificio de mi sosiego. Ya estabais enterados de que me había cogido entre sus uñas el misterioso duende que desde el origen de los tiempos juguetea con la humanidad, después de expulsarla del paraíso y arrojarla á la ingrata superficie de la tierra, á peregrinar, á rabiarse y á combatir. Conociendo el nombre de mi tirano, no extrañaréis el mal trato que me daba, ni la resignación con que yo lo sufría.

¿Resignación? No; ya es preciso decir gusto. —En aquellos días memorables para la familia de Neira comprobé la realidad del aserto de un sagacísimo autor, sobre la actividad y brío que el amor comunica á la vida del enamorado; el interés que para él adquieren las más mínimas y sencillas circunstancias y advenimientos; la extraña confusión que hace del pasado y del porvenir con el presente; la existencia en los tres tiempos del verbo, existencia intensísima, fogosa y rica en sensaciones y en emociones continuadas. Conviene advertir que yo saboreaba sin reparo los frutos del árbol engañador, y había desertado tan resueltamente de mis banderas, que llegué á dudar si el Mauro Pareja cauto, precavido y cuerdo de las primeras páginas de estas *Memorias*, sería el mismo que sólo vivía para tomar como cosa propia aque-

llos cuidados ajenos que, según el proverbio, matan al... ¡No escribiré el poco halagüeño sustantivo!

Quiso la casualidad, maestra en aciertos, que un cuarto de hora después que D. Benicio Neira, llegase yo al Gobierno civil; necesitaba hablar á Mejía de ciertos planos para el futuro palacio de la Diputación provincial marinedina, planos cuya ejecución se me había confiado y en los cuales deseaba desplegar toda mi ciencia, pues desde que soñaba en bodas, más ó menos remotas y fantásticas, el trabajo me atraía. Indicóme el ordenanza que esperase en el salón carmesí, contiguo al gabinete. Conociendo las costumbres de Mejía, sospeché que tal vez estaba entretenido con alguna alegre muchacha; de varias sabía yo que habían entrado y salido por la puertecilla de escape y la escalera angosta que conduce á un poco frecuentado callejón, á espaldas del edificio. Bajo el influjo de esta creencia, me expliqué á mi modo los ruidos como de lucha que venían del gabinete. «Retozan» pensé, algo contrariado por aguardar en tales condiciones, y paseando de arriba abajo, á fin de entretener la impaciencia. Un grito sofocado, pero de horror y agonía, un choque pesado y sordo, me obligaron á correr hacia la puerta del gabinete. En un segundo adiviné que allí se desarrollaban escenas bien distintas de las que al pronto supuse. Todo había quedado en silencio; sin embargo, no vacilé: abrí de golpe la puerta y vi el cuadro: Mejía en el suelo, ahogándose en sangre, dando las boqueadas,

y Neira, derrumbado en el diván, mirando con ojos de loco á su víctima.

No sé si parecerá creíble, pero lo cierto es que no me asombré, y en el mismo instante comprendí y me expliqué completa y satisfactoriamente lo acaecido. Aunque acción tan gallarda y fiera pareciese impropia del carácter inofensivo de D. Benicio, yo, que conocía el fanatismo de su amor paternal y le había oído anunciar *una hombrada* para el caso de que alguien afrontase á sus hijas; yo, que sé cuán probables son las reacciones violentas en un carácter débil y resignado, en un hombre sufriendo—siempre que persista en él la noción de la dignidad moral y un espiritualismo fuerte y profundo—, no me maravillé de que al cabo aquel cordero, en un arranque terrible, desquitase sesenta años de paciencia y escarnio, de pasividad y de oculto dolor.

¡Cómo aguzan el entendimiento estos casos extremos! Siempre que recuerdo aquel trance crítico, me siento orgulloso, envanecido del ingenio y habilidad con que di salida á tan apretada situación. Mi ocurrencia fué rapidísima, según son las ideas geniales, que se nos presentan envueltas en la luz del relámpago y nos deslumbran. Allí había que proceder como el cirujano cuando opera sobre el campo de batalla: sin perder instante, sin titubear, imponiéndose.

Mejía iba á expirar, sin poder articular palabra, asfixiado y desvanecido por la hemorragia que le cortaba á un tiempo el habla y la vida.

Yo había pasado, solo, en el salón contiguo, un cuarto de hora. Nadie podía afirmar que, en vez de esperar allí, no hubiese penetrado en el gabinete, y asistido á toda la escena entre el padre y el seductor de Argos. Velozmente subí al diván, arranqué de la panoplia otro florete, y lo coloqué en la mano derecha de Mejía, engarrotando alrededor de la empuñadura los dedos inertes del moribundo. Y abrazando á D. Benicio, y con palabras persuasivas, repitiendo el nombre de sus hijas inocentes, de las menores, que no habían de pagar los ajenos pecados, le convencí de que no consintiese en pasar por asesino, de que aceptase mi estratagema y confirmase mi versión. Al pronto manifestó escrúpulos y un insano afán de correr á delatarse; por fortuna (nadie se asuste de esta frase despiadada en apariencia) en aquel mismo momento se estremeció Mejía, un borbotón de sangre salió de su boca, y quedó inmóvil, con los ojos vidriados. «Muerto el perro, acabóse la rabia.» «¿Quiere usted que las chiquillas tengan un padre en presidio... en la horca?» Neira, casi tan difunto como Mejía, cedió; sus nervios no le sostenían, y ya era incapaz de resistir á mis apremiantes ruegos. Me di cuenta de que se entregaba á discreción, y procedí sin demora á salvarle. Lo primero que hice fué buscar al secretario—, cuyo despacho se encuentra dos ó tres puertas más allá del salón carmesí, al extremo de un largo pasillo—. Le referí mi historia inventada, la llegada del ofendido padre, la burla del ofensor, mi intervención concilia-

dora é inútil, el reto, el combate que presencié y en que Mejía, creyendo desarmar de buenas á primeras á su adversario, recibió la mortal estocada... La narración, verosímil ó no, fué creída, y D. Benicio dejado en libertad provisionalmente. Así y todo, mal lo habría pasado, y no escaparía de las garras de la justicia, ni yo tampoco, si ciertas instrucciones pedidas á Madrid y enviadas con gran reserva por el Gobierno, no moviesen á las autoridades marinedinas á echar tierra, muchas paletadas de tierra sobre el cadáver de Mejía y el drama que le costó la vida. La prensa de oposición intentó alborotar el cotarro; pero se hizo de suerte que no tuviese datos con qué robustecer ciertas insinuaciones malignas, y se evitó que un ruidoso proceso descubriese, en los antecedentes de un Gobernador, nidadas de sapos y de culebrones. Si me preguntáis cómo se puede echar tierra á todo aquello á que conviene echarla..., os diré que sois poco avisados ó poco observadores, y desconocéis el mecanismo de nuestra sociedad, de nuestras instituciones, de nuestras leyes. Milagros como éstos se ven, no diré cada día, pero sí harto á menudo, y la opinión va habituándose á paladear con delicia el jarabe de adormideras, el dulce opio del olvido. Dadme tiempo y favor, y entierro yo no un crimen: todas las *Causas célebres* y todos los *Panamás* del mundo...

En Marineda la gente se puso de parte de D. Benicio; es justo declararlo. Se le perdonó y hasta en voz baja se le ensalzó y glorificó.

Fué héroe en sus postrimerías—. La única persona que no transigía con el atentado... era su autor. No pudo aquel hombre, saturado de ideas cristianas, predispuesto á la santidad, olvidar que había teñido sus manos en sangre. La acción, la sola acción significativa y poderosa de su vida, gastó toda la provisión de fuerzas físicas y morales que tenía disponible, y D. Benicio, como suele decirse, ya no levantó cabeza. Medio alelado, agravado su padecimiento del corazón, se postró, no en la cama, donde se ahogaba, sino en un sillón ancho y viejo; en breve hincháronse sus piernas, síntoma fatal, y poco tardó en acudir la gran libertadora—á la cual recibí pertrechado con los sacramentos, consolado por la absolución, arrepentido, lleno de fe y de esperanza, y humilde y engreído á la vez, como el vasallo á quien su rey visita. La ceremonia de administrar el Viático á Neira nos conmovió hasta á los que tenemos el espíritu asaz profano. Después de tan solemne instante fué cuando, entre dos sofocaciones agónicas, me rogó que aceptase la tutela de sus hijas, cargo que admití con toda mi alma y hasta con pueril alegría; mi estéril existencia era, por fin, útil y provechosa para alguno.

Y héteme constituido en consejero, director y árbitro de aquella familia desconsolada. Desconsolada, sí; la doble tragedia, el triste fin de Mejía y de su matador, habían caído como pavoroso aviso del cielo hasta sobre las más desjuiciadas de las hijas de Neira. Todas llora-

ban lágrimas sinceras y hermosas, de pesar, de expiación: Rosa andaba por la casa despeinada y con una bata de zaraza de á real, indicio segurísimo, en ella, del dolor más verdadero—. ¿Y Feíta?—oigo que pregunta el lector curioso en cuestiones del corazón—. ¡Feíta! ¡Creo que nadie habrá dudado de que la independiente seguía en Marineda, y del magno viaje no se había vuelto á hablar ni por asomos! Como que entre Feíta y yo asumimos la dictadura y agarramos el timón de aquella casa, sin que á nadie se le ocurriese discutir nuestra legítima autoridad, fundada en mi buena intención y en las altas dotes de gobierno y energía de la encantadora extravagante...

¡Y qué tino y firmeza demostramos al desenredar la madeja del conflicto económico, que no había cesado, claro está, de afligir á la prole de Neira! Todas las noches nos reuníamos á deliberar, y de nuestras deliberaciones salía siempre alguna resolución extraña al parecer, y en realidad bizarra y feliz. Empezamos por eximir á Argos del horrible bochorno que en Marineda sufría, despachándola á Barcelona, á la hospitalaria casa de doña Milagros. La consigna fué que Argos siguiese estudiando canto y música, y que, pasado algún tiempo, buscarse en el teatro la gloria y el provecho que le prometen su rara voz y su no menos rara belleza. —«Empeñarse en hacer de Argos una mujer casera y metódica, es errarla»—me decía Feíta. —«Nació para una vida... agitada, pasional. Si llega á ser una brillante artista, es mejor que

cualquier tronera si la lleva á París, ó si ella labra la desdicha de un marido, caso de que llegue á encontrarlo». Enderezada ya Argos con rumbo á nuevos destinos, se realizó la mudanza y se buscó un piso en el Ensanche, alto, barato, modesto, con buen aire y alegre vista. Allí se reservó una sala decente y un cuarto desahogado y limpio para taller de Rosa... Sí; en el programa de Feíta entraba también esto: Rosa aprovecharía su buen gusto y su afición á los trapos, ganándose la vida, trayendo el correspondiente grano de trigo al pan del hogar. «Ya hemos dejado de ser señoritas»—repetía la independiente—. «A arrimar el hombro todas. No faltarán parroquianas, Rosita; he recibido encargos para un mes lo menos; tus oficinas serán Constanza y Mizucha, que cosen divinamente. Si eres buena, si trabajas asiduamente y la labor produce, con el tiempo irás á Madrid y á París á traer la novedad, y de paso á divertirme, á gozar con los pingos. Y no se me replica; porque si haces ascos al santo trabajo, te meto en una casa á servir». En cuanto á Froilán, me encargué yo de él: como no apencaba con el estudio, le coloqué de dependiente en *La ciudad de Londres*—cuyas facturas se pagaron con el dinero enviado por la siempre generosa doña Milagros—. No parecía torpe el mozo para medir y despachar género, y su buena educación y agrado le hicieron simpático á la clientela femenina. Desairado por Minerva, creemos que el único varón de la casa de Neira ha encontrado un excelente patrono en Mercurio.

Como he dicho, la familia obedecía á Feíta sin replicar, y las antes díscolas hermanas ni pensaron en discutir sus prudentes disposiciones. Del patrimonio salvamos algo, más de lo que se esperaba; sin duda Dios tocó en el corazón á Baltasar Sobrado, para que no apretase el dogal hasta estrangular á las huérfanas. Siempre he sospechado que, en aquella ocasión, Dios habló á Sobrado por boca de su hijo, el cual demostraba de mil modos que Feíta, ahora como antes, era dueña de su albedrío y señora de sus pensamientos. Y por cierto que los paseos y rondaduras del ex compañero por la calle de mi amiga llegaron á preocuparme de tal modo, que, rompiendo mi propósito de no decir á Feíta palabra sobre lo que más me importaba en el mundo, la interpele, y oí de sus labios estas palabras, para mí decisivas:

—No quería casarme. A usted le consta. Soñaba con la libertad, y con algo que me parecía el ideal. Las cosas se me han arreglado de muy diferente modo. El Deber y la Familia (con mayúscula, amigo Mauro) han caído sobre mí... y ¡cuánto pesan! Me declaro rendida... Necesito un Cirineo... pero no ese *compañero*, hoy burgués. Francamente: quizás me hacía gracia cuando gastaba blusa: ahora me parece un tipo de lo más vulgar. Ese no tenía fe... Buscaba lo que hoy posee: dinero, comodidades, holganza... Ya lo consiguió. No le hace falta Feíta. Crea usted que, si me presto á que me echen la consabida estola, ¡que á ustedes les ponen por el cuello y á nosotras por la cabeza,

mal rayo!, no será Ramón Sobrado quien se arrodille á mi vera...

Comprendí, y deslumbrado de alegría, tendí las manos, cogí la cara de la independiente y la besé con arrebató, pero despacio y con codicia, sobre los párpados de fina seda que cubren las pupilas verdes. Fué la única libertad que me tomé (te lo juro) hasta que pude llamarme esposo de Feíta Neira—. Tal vez, ya que emborrone las *Memorias de un solterón*, merezcan escribirse las de *un casado*... con mujer tan singular como la que me tocó en suerte.